

## **ENCUENTROS CON CRISTO EUCARISTÍA**

Enero de 2011

### **VI.- La Santa Misa. –“Signo de unidad, vínculo de amor”**

Ya hemos recordado estas dos características de la Eucaristía Sacramento: signo de unidad y vínculo de amor. Y la Eucaristía es “unidad y amor”, porque: “Toda la Iglesia se une a la ofrenda y a la intercesión de Cristo” (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1369).

¿Qué quiere decir esta afirmación del Catecismo?

Aunque sólo las personas que acompañan en el templo al sacerdote están presentes físicamente en la celebración de la Eucaristía, por la comunión de los santos, unidos en el Espíritu Santo, todos los fieles de la Iglesia esparcidos en los cinco continentes participan en la Eucaristía que se celebra en un lugar.

De manera muy especial, todos los fieles que vivimos la Eucaristía entramos en comunión con el Santo Padre: “Encargado del ministerio de Pedro, el Papa es asociado a toda celebración de la Eucaristía en la que es nombrado como signo y servidor de la unidad de la Iglesia universal” (n. 1369). Y al mencionar el nombre de Benedicto XVI, elevamos nuestra oración a Dios para que le llene de Espíritu Santo, y pueda así servir con toda su alma la misión que Cristo confió a san Pedro: fortalecer en la Fe a todos los cristianos.

Como ya hemos recordado, además de la Iglesia que vive en la tierra, también la que ya goza de Dios en el Cielo participa en la Eucaristía. “A la ofrenda de Cristo se unen, no sólo los miembros que están todavía aquí abajo, sino también los que están ya en la gloria del cielo. La Iglesia ofrece el sacrificio eucarístico en comunión con la santísima Virgen María y haciendo memoria de ella, así como de todos los santos y santas” (Catecismo, n. 1370).

Y no sólo los santos. En este acto de “adoración, de reparación, de acción de gracias y de petición”, que lleva a cabo Cristo sobre el altar –y que nosotros vivimos con Él-, participan también los fieles difuntos que esperan la última purificación para poder entrar en el cielo. Todos se benefician, de algún modo, de la riqueza infinita de gracias que es la Santa Misa. “El sacrificio eucarístico es también ofrecido por los fieles difuntos, que han muerto en Cristo y todavía no están plenamente purificados” (Catecismo n. 1371).

Esta oración por los difuntos tiene lugar en todas las Misas, y no solamente en las que se celebran con la particular intención de interceder por el alma de un difunto determinado. En la Plegaria Eucarística Tercera rezamos así a Dios Padre: “A nuestros hermanos difuntos y a cuantos murieron en tu amistad, recíbelos en tu Reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria”.

La Santa Misa es una verdadera comunión de todos los fieles con Cristo Nuestro Señor. Y no sólo para ofrecer a Dios Padre el sacrificio de su vida, pasión y muerte, para la “redención de los pecados”; sino también, para gozar ya aquí en la tierra con Cristo del gozo de su Resurrección, y comenzar ya la comunión de amor que la Trinidad Beatísima, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, desea vivir con todos los fieles, con todos los hombres, por toda la eternidad.

La Santísima Virgen, San José y todos los santos y santas, se unen a nosotros desde el Cielo en esta acción de alabanza y reconocimiento a Dios Padre. Y, si se lo pedimos, nos ayudarán a vivir siempre con más devoción el Misterio de la Eucaristía;

descubrir su grandeza y no cesaremos de dar gracias a Cristo Nuestro Señor por invitarnos a celebrarla con Él.

\* \* \* \* \*

Cuestionario.

-Dentro de las peticiones que dirigimos a Dios durante la Misa, ¿tiene una parte especial la que hacemos por la persona e intenciones del Papa, y de los Obispos fieles al Papa?

-Nos acordamos de las necesidades de la Iglesia, en todos los países del mundo, especialmente en los que los católicos son perseguidos, discriminados, expulsados?

-¿Rezamos por las almas del Purgatorio al vivir con Cristo la Eucaristía?

## ENCUENTROS CON CRISTO EUCARISTÍA

Febrero de 2011

### **VII.- La Santa Misa.- Participación activa y plena en la Eucaristía**

Al ofrecer la Santa Misa con Cristo, por Cristo y en Cristo, el cristiano participa formando un solo corazón y una sola alma –“cor unum et anima una”-, en el ofrecimiento y en la alabanza-adoración que el propio Cristo, Dios y hombre verdadero, rinde a Dios Padre.

Para vivir mejor esa unión con Cristo, nuestra participación en la Eucaristía, Benedicto XVI nos recuerda:

“Al considerar el tema de la activa participación de los fieles en el rito sagrado, los Padres sinodales han resaltado también las condiciones personales de cada uno para una fructuosa participación. Una de ellas es ciertamente el espíritu de conversión continua que ha de caracterizar la vida de cada fiel. No se puede esperar una participación activa en la liturgia eucarística cuando se asiste superficialmente, sin examinar antes la propia vida. Favorece dicha disposición interior, por ejemplo, el recogimiento, el silencio, al menos unos instantes antes de comenzar la liturgia, el ayuno y, cuando sea necesario, la confesión sacramental. Un corazón reconciliado con Dios permite la verdadera participación” (Exhortación apostólica *Sacramentum caritatis*, n. 55).

La participación en la Eucaristía, es una unión de vida en una acción que sobrepasa cualquier horizonte humano; y que no cabe, por tanto, reflejar en sentimiento, en emociones. La sensibilidad humana no tiene capacidad de manifestar, ni siquiera de saborear, la vida de toda la persona con Cristo. Para llegar a una participación plena en el sacrificio de la cruz y en la resurrección de Cristo, que vivimos en la celebración eucarística, es necesario convertirse en “otro Cristo”, el “mismo Cristo”, y esa transformación total no está al alcance de ninguna criatura en la tierra. Los cristianos caminamos en la esperanza de conseguirla en el cielo.

Esta realidad explica que en tantas ocasiones nos dolamos de “tener distracciones en la Santa Misa”, “de no haber prestado la debida atención”, etc. No nos preocupemos. No obstante nuestras limitaciones, la Iglesia nos invita a participar en la Misa –a vivir la Misa- con los mismos sentimientos con que la vive Cristo “quien preside invisiblemente toda celebración eucarística” (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1348).

Para vivir así la Misa hemos de pedir una ayuda especial al Espíritu Santo, y a la vez, hemos de esforzarnos por seguir con atención el desarrollo de toda la liturgia eucarística, desde el comienzo –vale la pena llegar unos minutos antes, para estar preparados espiritualmente cuando el sacerdote llega al altar- hasta la bendición de despedida.

¿Qué significa “seguir con atención”? Unimos a la alabanza que Cristo eleva a Dios Padre cuando cantamos o recitamos el Gloria, y concluimos el Prefacio repitiendo con los Ángeles, los santos y toda la Iglesia, el Santo, Santo, Santo. Adorar a Nuestro Señor Jesucristo. Acompañando al sacerdote en la genuflexión durante la Consagración. Y, al adorar, ofrecer la muerte, la pasión y la resurrección de Cristo por la redención del mundo.

“Seguir con atención” significa también pedir perdón por nuestros pecados, cuando recitamos con calma el acto penitencial, y repetimos “Señor, ten piedad”. Elevar el corazón al Cielo, cuando rezamos el Gloria, y decimos Santo, Santo, Santo, al terminar el Prefacio.

“Seguir con atención” es dar gracias de todo corazón por habernos invitado a vivir la Misa con Él, y pedirle por el Papa, por las necesidades de toda la Iglesia, y especialmente por la santidad de los sacerdotes, y para que “envíe obreros a su mies”.

Quizá alguna vez, al terminar la celebración de la Eucaristía, no nos acordemos de los textos de las Lecturas o del Evangelio. No nos preocupemos. Si hemos estado unidos a Jesucristo con estos deseos de adoración, de reparación y de desagravio, de acción de gracias y

de petición, la gracia de Dios nos hará entender mejor cada día el gran misterio de Amor de Dios que se encierra en la celebración, con Cristo, por Cristo y en Cristo, de la Eucaristía.

\* \* \* \* \*

Cuestionario.-

- Recogimiento y silencio. ¿Vivimos con esa compostura la Santa Misa?
- ¿Seguimos con atención los diversos momentos de la celebración Litúrgica?
- ¿Preguntamos a algún sacerdote amigo que nos explique los detalles, que quizá no entendamos bien, de toda la ceremonia?

## ENCUENTROS CON CRISTO EUCARISTÍA

Marzo de 2011

### **VIII.- La Santa Misa.- “Prenda de vida eterna”**

“El Señor nos dirige una invitación urgente a recibirle en el sacramento de la Eucaristía. “En verdad, en verdad, os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” (Catecismo, n. 1384).

En palabras sencillas, podemos decir que Cristo quiere que nosotros vivamos con Él y en Él toda su vida; y en ese vivir su vida, pasión, muerte y resurrección, se nos da Él como alimento, en la Comunión, para vivir Él, después, toda la vida de cada uno de nosotros con nosotros mismos.

Y así, para cada uno de nosotros será en verdad lo que nos recuerda el Concilio Vaticano II: “la fuente y cumbre de toda la vida cristiana” (Lumen gentium, n. 11); o con palabras de san Josemaría Escrivá: “centro y raíz de la vida interior” (Forja, n. 69).

Nos daremos más cuenta de que la Eucaristía es de verdad “fuente y cumbre”, “centro y raíz” de la vida del cristiano, si recordamos los efectos que la Comunión produce en el alma del cristiano, y que el Catecismo nos recuerda en este orden:

*-nos une más a Cristo.* Él mismo nos lo dijo: “Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí” (Jn 6, 57). Alimentados por Cristo-Eucaristía, renovamos la gracia del Bautismo, y la Comunión frecuente, recibida en gracia, sin pecado, es el “pan de nuestra peregrinación” (Catecismo, nn. 1391, 1392)

*-nos separa del pecado.* Al unírnos a Cristo nos da fortaleza para rechazar las tentaciones de pecar, nos restaura las fuerzas para amar siempre más a Dios, y no pecar. “Dándose a nosotros, Cristo reaviva nuestro amor y nos hace capaces de romper los lazos desordenados con las criaturas y de arraigarnos en Él” (Catecismo, n. 1394).

*-nos une a todos los cristianos en el Cuerpo místico. La Eucaristía hace la Iglesia.* Con palabras muy claras nos lo recuerda san Pablo: “El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la Sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan” (I Cor 10, 16-17). La Comunión eucarística nos da la gracia de poder amar a todos los cristianos, a todos los hombres, con el Corazón de Cristo.

*-La Eucaristía entreaña un compromiso a favor de los pobres; de los necesitados espiritual y materialmente.* Con Cristo viviendo en nosotros, nuestros ojos están más abiertos a reconocer las necesidades materiales y espirituales de todos nuestros hermanos, de todos los hombres. Y tendremos siempre la fuerza, la valentía, de dar testimonio de nuestra fe, de nuestra esperanza, de nuestra caridad, hasta con el martirio, si un día se hiciera necesario.

Para que la Comunión eucarística nos transforme, nos dé fuerzas para amar más a Cristo todos los días, para crecer en el deseo de servir a los demás y vayamos así convirtiéndonos en hijos de Dios, y “lo seamos”, hemos de recibirla con las debidas disposiciones. ¿Cuáles son?

“Debemos prepararnos para este momento tan grande y santo. San Pablo exhorta a un examen de conciencia: ‘Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor’. (...) Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar” (Catecismo, n. 1385).

Nuestra alabanza a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, no puede concluir una vez terminada la celebración de la Misa. Toda la vida del cristiano se convierte en un ofrecimiento a Cristo, en una vida en amistad con Cristo.

Para mantener viva esa conciencia de la cercanía de Cristo después de comulgar nos pueden ayudar mucho dos pequeños detalles de piedad.

El primero, al recibir a Cristo en la Comunión, decirle que le amamos, y le damos gracias por venir a nosotros, ser nuestro alimento, que sostiene nuestro caminar, con Él, hacia la vida eterna.

El segundo, al pasar cerca de una iglesia, manifestarle el deseo de recibirle de nuevo el día siguiente. “Yo quisiera Señor recibirlos con aquella pureza, humildad, devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre; con el espíritu y el fervor de los santos”. Y la Virgen Santísima nos acompañará siempre a Comulgar.

\* \* \* \* \*

Cuestionario.-

-¿Somos conscientes –nos volvemos a preguntar- de que en la Sacrada Comunión recibimos a una Persona viva, al mismo Cristo?

-¿Tenemos la delicadeza de recibir al Señor en la Hostia Santa, preocupándonos de acogerlo con cariño, y de manifestarle personalmente que le queremos, que le amamos?

-¿Rogamos a la Santísima Virgen que nos enseñe a recibir al Señor, como Ella lo recibió, y a amarle siempre más?

## ENCUENTROS CON CRISTO EUCARISTÍA

Abril de 2011

### ***IX.- La Eucaristía y el testimonio de la caridad***

El Santo Padre Benedicto XVI recuerda con frecuencia en sus discursos, homilías, el sentido de la Eucaristía, sus frutos, el lugar que debe ocupar en la vida del cristiano. “La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida cristiana nos une y configura con el Hijo de Dios. También construye la Iglesia, la consolida en su unidad de Cuerpo de Cristo” (Discurso, 11 de mayo 2006).

Recogemos ahora, dentro de estos Temas de Reflexión sobre la Eucaristía unas palabras suyas del 15 de junio de 2010, que pronunció en la Basílica de San Juan de Letrán al inaugurar el congreso de la diócesis de Roma sobre el tema: “Se les abrieron los ojos, lo reconocieron y lo anunciaron”.

\* \* \* \* \*

### **El ofrecimiento de Jesucristo en la Eucaristía**

“La fe no puede darse nunca por descontada, pues cada generación tiene necesidad de recibir este don a través del anuncio del Evangelio y de conocer la verdad que Cristo nos ha revelado. La Iglesia siempre está comprometida en proponer a todos el depósito de la fe; en él queda contenida también la doctrina sobre la Eucaristía, misterio central que "contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona, nuestra Pascua" (Concilio Ecuménico Vaticano II, decreto *Presbyterorum ordinis*, 5); doctrina que hoy, por desgracia, no es suficientemente comprendida en su valor profundo y en su importancia para la existencia de los creyentes.

Por este motivo, es importante que las comunidades de nuestras diócesis (...) experimenten la exigencia de un conocimiento más profundo del misterio y del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Al mismo tiempo, con el espíritu misionero que queremos fomentar, es necesario que se difunda el compromiso de anunciar esta fe eucarística para que cada hombre pueda encontrarse con Jesucristo, que nos ha revelado al Dios "cercano", amigo de la humanidad, y testimoniarla con una elocuente vida de caridad.

En toda su vida pública, Jesús, a través de la predicación del Evangelio y de los signos milagrosos, anunció la bondad y la misericordia del Padre por el hombre. Esta misión alcanzó su cumbre en el Gólgota, donde Cristo crucificado reveló el rostro de Dios para que el hombre, contemplando la Cruz, pudiera reconocer la plenitud del amor (encíclica *Deus caritas est*, 12). El Sacrificio del Calvario es místicamente anticipado en la Última Cena, cuando Jesús, al compartir con los Doce el pan y el vino, los transforma en su Cuerpo y en su Sangre, que poco después ofrecería como Cordero inmolado.

La Eucaristía es el memorial de la muerte y resurrección de Jesucristo, de su amor hasta el final por cada uno de nosotros, memorial que Él quiso encomendar a la Iglesia para que fuera celebrado a través de los siglos (...) El "memorial" no es un simple recuerdo de algo que sucedió en el pasado, sino la celebración que actualiza ese acontecimiento, reproduciendo la fuerza y la eficacia salvadora. De este modo, "hace presente y actual el sacrificio que Cristo ha ofrecido al Padre, una vez por todas, sobre la Cruz en favor de la humanidad" (*Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, 280). Queridos hermanos y hermanas, en nuestro tiempo la palabra sacrificio no gusta; es más, parece que pertenece a otras épocas y a otra visión de la vida. Ahora bien, si se

entiende bien, sigue siendo fundamental, pues nos revela con qué amor Dios nos ama en Cristo.

En el ofrecimiento que Jesús hace de sí mismo, encontramos toda la novedad del culto cristiano. En la antigüedad, los hombres ofrecían como sacrificio a las divinidades los animales o las primicias de la tierra. Jesús, por el contrario, se ofrece a sí mismo, su cuerpo y toda su existencia: Él mismo en persona se convierte en ese sacrificio que la liturgia ofrece en la santa Misa. De hecho, con la consagración, el pan y el vino se convierten en su verdadero cuerpo y sangre. San Agustín invitaba a sus fieles a no quedarse en lo que se les presentaba a la vista, sino a ir más allá: "Reconoced en el pan –decía– ese mismo cuerpo que fue colgado sobre la cruz, y en el cáliz esa misma sangre que manó de su costado" (*Disc.* 228 B, 2). Para explicar esta transformación, la teología ha acuñado la palabra "**transustanciación**", palabra que resonó por primera vez en esta basílica, durante el IV Concilio Lateranense -1215-, del que se celebrará el octavo centenario dentro de cinco años. En esa ocasión, se introdujeron en la profesión de fe las siguientes palabras: "**su cuerpo y sangre están contenidos verdaderamente en el sacramento del altar, bajo las especies del pan y del vino, pues el pan está transustanciado en el cuerpo, y la sangre en el vino por poder de Dios**" (*DS*, 802). Por tanto, es fundamental que en los itinerarios de educación en la fe de los niños, de los adolescentes y de los jóvenes, así como en los "centros de escucha" de la Palabra de Dios, se subraye que en el sacramento de la Eucaristía Cristo está verdadera, real y substancialmente presente.

\* \* \* \* \*

Cuestionario:

-¿Soy consciente de que en la Santa Misa estoy viviendo con Cristo su muerte y su Resurrección?.

-¿Tengo fe en la transustanciación? ¿Sé explicar que significa transustanciación?

-¿Afirmo con claridad que en el Sacramento de la Eucaristía, Cristo está presente verdadera, real y substancialmente?

## ENCUENTROS CON CRISTO EUCARISTÍA

Mayo de 2011

### **X.- La Eucaristía y el testimonio de la caridad (Cont.)**

Continuamos con las palabras pronunciadas por Benedicto XIV el 15 de junio de 2010 en la Basílica de San Juan de Letrán sobre el tema: “Se les abrieron los ojos, lo reconocieron y lo anunciaron”:

#### **El encuentro transformador con Cristo en la Eucaristía.**

“La Santa Misa, celebrada con respeto de las normas litúrgicas y con una valoración adecuada de la riqueza de los signos y de los gestos, favorece y promueve el crecimiento de la fe eucarística. En la celebración eucarística no nos inventamos algo, sino que entramos en una realidad que nos precede; es más, abarca el cielo y la tierra y, por tanto, también el pasado, el futuro y el presente. Esta apertura universal, este encuentro con todos los hijos e hijas de Dios es la grandeza de la Eucaristía: salimos al encuentro de la realidad de Dios presente en el cuerpo y la sangre del Resucitado entre nosotros. Por tanto, las prescripciones litúrgicas dictadas por la Iglesia no son algo exterior, sino que expresan concretamente esta realidad de la revelación del cuerpo y sangre de Cristo y, de este modo la oración revela la Fe según el antiguo principio de *lex orandi - lex credendi*. Por esto, podemos decir que "la mejor catequesis sobre la Eucaristía es la misma Eucaristía bien celebrada" (exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, 64).

Es necesario que, en la liturgia, aparezca con claridad la dimensión trascendente, la dimensión del Misterio del encuentro con el Divino, que ilumina y eleva también la dimensión “horizontal”, es decir, el lazo de comunión y de solidaridad que se da entre quienes pertenecen a la Iglesia. De hecho, cuando prevalece esta última, no se comprende plenamente la belleza, la profundidad y la importancia del Misterio celebrado. Queridos hermanos en el sacerdocio: a vosotros el obispo ha encomendado, en el día de la ordenación sacerdotal, la tarea de presidir la Eucaristía. Llevad siempre en vuestro corazón el ejercicio de esta misión: celebrar los divinos misterios con una participación interior intensa para que los hombres y las mujeres de nuestra ciudad puedan santificarse, entrar en contacto con Dios, verdad absoluta y amor eterno.

Y tengamos también presente que la Eucaristía, unida a la cruz, a la resurrección del Señor, ha abierto una nueva estructura a nuestro tiempo. El Resucitado se había manifestado el día siguiente al sábado, el primer día de la semana, día del sol y de la creación. Desde el inicio los cristianos han celebrado su encuentro con el Resucitado, la Eucaristía, en este primer día, en este nuevo día del verdadero Sol de la historia, el Cristo Resucitado. Y de este modo, el tiempo vuelve a comenzar cada vez en el encuentro con el Resucitado y este encuentro da sentido y fuerza a la vida de cada día. Por este motivo, es muy importante para nosotros los cristianos seguir este nuevo ritmo del tiempo, encontramos con el Resucitado en el domingo y "albergar" su presencia, que nos transforme y transforme nuestro tiempo.

**Además, invito a todos a redescubrir la fecundidad de la adoración eucarística: ante el Santísimo Sacramento experimentamos de manera totalmente particular ese "permanecer" de Jesús, que Él mismo, en el Evangelio de Juan, pone como condición necesaria para dar mucho fruto (Cf. Juan 15, 5) y evitar que**

**nuestra acción apostólica quede reducida a un estéril activismo, convirtiéndose más bien en testimonio del amor de Dios.**

\* \* \* \* \*

Cuestionario

- ¿Me doy cuenta de que en la Eucaristía me reencuentro personalmente con Cristo?
- ¿Respeto y amo las normas litúrgicas establecidas por la Santa Sede?
- ¿Estoy convencido de que al “adorar la Eucaristía” permanezco en unión con Cristo?

## ENCUENTROS CON CRISTO EUCARISTÍA

Junio de 2011

### ***XI.- La Eucaristía y el testimonio de la caridad (Final)***

Con los párrafos que siguen, finalizamos las palabras pronunciadas por Benedicto XIV el 15 de junio de 2010 en la Basílica de San Juan de Letrán sobre el tema: "Se les abrieron los ojos, lo reconocieron y lo anunciaron":

#### **La comunión con Cristo en la Eucaristía**

"La comunión con Cristo es siempre también comunión con su cuerpo, que es la Iglesia, como recuerda el apóstol Pablo diciendo: "El pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan" (*1 Corintios* 10, 16-17).

La Eucaristía transforma un simple grupo de personas en comunidad eclesial: la Eucaristía hace Iglesia. Por tanto, es fundamental que la celebración de la santa Misa sea efectivamente la cumbre, la "columna vertebral" de la vida de cada comunidad parroquial. Exhorto a todos a prestar más atención, entre otras cosas con grupos litúrgicos, a la preparación y celebración de la Eucaristía para que cuantos participen puedan encontrar al Señor.

Cristo resucitado se hace presente en nuestro hoy y nos reúne a su alrededor. Al alimentarnos con él, nos liberamos de los vínculos del individualismo y, a través de la comunión con Él, nos convertimos nosotros mismos, juntos, en una sola cosa, en su Cuerpo místico. De este modo se superan las diferencias debidas a la profesión, a la clase social, a la nacionalidad, pues nos descubrimos como miembros de una gran familia, la familia de los hijos de Dios, en la que a cada uno se le da una gracia particular para el bien común. El mundo y los hombres no necesitan una nueva corporación social, sino que tienen necesidad de la Iglesia, que es en Cristo como un sacramento, "es decir, señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (*Lumen gentium*, 1), llamada a hacer resplandecer sobre todas las gentes la luz del Señor resucitado.

Jesús vino a revelarnos el amor del Padre, pues "el hombre no puede vivir sin amor" (Juan Pablo II, encíclica *Redemptor hominis*, 10). El amor es, de hecho, la experiencia fundamental de todo ser humano, lo que da significado a la existencia humana. Alimentados por la Eucaristía, nosotros también, siguiendo el ejemplo de Cristo, vivimos por Él para ser testigos del amor. Al recibir el Sacramento, entramos en comunión de sangre con Jesucristo. En la concepción judía, la sangre indica la vida; de este modo, podemos decir que al alimentarnos con el Cuerpo de Cristo acogemos la vida de Dios y aprendemos a ver la realidad con sus ojos, abandonando la lógica del mundo para seguir la lógica divina del don y de la gratuidad. San Agustín recuerda que, durante una visión, tuvo la impresión de escuchar la voz del Señor, que le decía: "Yo soy el alimento de los adultos. Crece, y me comerás, sin que por ello me transforme en ti, como alimento de tu carne; pero tú te transformarás en mí" (Cf. *Confesiones* VII, 10, 16).

Cuando recibimos a Cristo, el amor de Dios se expande en nuestra intimidad, modifica radicalmente nuestro corazón y nos hace capaces de gestos que, por la fuerza difusiva del bien, pueden transformar la vida de aquellos que están a nuestro lado. La caridad es capaz de generar un cambio auténtico y permanente en la sociedad, actuando en los corazones y en las mentes de los hombres, y cuando se vive en la verdad "es la

principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad" (encíclica *Charitas in veritate*, 1). El testimonio de la caridad para el discípulo de Jesús no es un sentimiento pasajero, sino por el contrario es lo que plasma la vida en cada circunstancia. Aliento a todos, en particular a Cáritas y a los diáconos a comprometerse en el delicado y fundamental campo de la educación en la caridad, como dimensión permanente de la vida personal y comunitaria.

(...)

La misma naturaleza del amor exige opciones de vida definitivas e irrevocables. Me dirijo en particular a vosotros, queridos jóvenes: no tengáis miedo de escoger el amor como regla suprema de vida. No tengáis miedo de amar a Cristo en el sacerdocio y, si en el corazón experimentáis la llamada del Señor, seguidle en esta extraordinaria aventura de amor, poniéndoos en sus manos con confianza. ¡No tengáis miedo de formar familias cristianas que viven el amor fiel, indisoluble y abierto a la vida! Testimoniad que el amor, tal y como lo vivió Cristo y lo enseña el Magisterio de la Iglesia, no quita nada a nuestra felicidad, sino que por el contrario da esa alegría profunda que Cristo prometió a sus discípulos.

Que la Virgen María acompañe con su intercesión maternal el camino de nuestra Iglesia de Roma. María que, de manera totalmente singular vivió la comunión con Dios y el sacrificio del propio Hijo en el Calvario, nos alcance la gracia de vivir cada vez más intensa, plena y conscientemente el misterio de la Eucaristía para anunciar con la palabra y la vida el amor que Dios experimenta por cada hombre.

\* \* \* \* \*

#### Cuestionario

¿Pido al Señor la gracia de que la Comunión con Él en la Eucaristía me ayude a vivir mejor en caridad con los demás?

¿Ruego a la Santísima Virgen que me acompañe a comulgar; que me enseñe a recibir a su Hijo en la Eucaristía?

¿Tengo presente que al comulgar con devoción estoy dando un testimonio vivo de la Presencia Real de Cristo en el Santísimo Sacramento?

Julio de 2011.

## Los sacramentos

Toda la vida del cristiano crece, se alimenta y se desarrolla por la acción de los Sacramentos. La Gracia que recibimos en los Sacramentos va haciendo posible que en nosotros crezca la nueva criatura de *hijos de Dios en Cristo*. El hombre no puede vivir verdaderamente vida cristiana, que es vivir toda su vida humana “en Cristo, por Cristo, con Cristo”, sin recibir los Sacramentos.

Los sacramentos –hemos de recordarlo- "son signos visibles, instituidos por Nuestro Señor Jesucristo, que producen la Gracia". Y tengamos también presente que la Gracia, como repetiremos de vez en cuando en estas reflexiones, es “una cierta participación de la naturaleza divina”. La acción de la Gracia es la de convertir al cristiano en “hijo de Dios en Jesucristo”. Los Sacramentos son, por tanto, el cauce por el que el hombre recibe esa “participación en la naturaleza divina”.

En estas reflexiones sobre los Sacramentos nos centraremos exclusivamente en la relación de cada sacramento con la Gracia, y en la configuración de esa "nueva criatura", sin adentrarnos en ningún otro aspecto teológico, litúrgico, espiritual, que cada sacramento lleva consigo.

Hasta la venida de Cristo, Dios se valía de signos, ceremonias, para darnos a conocer su benevolencia y su presencia entre nosotros, su participación en la historia de la humanidad, y para dejarnos constancia de su ayuda. En adelante, y como consecuencia de la nueva vida establecida por Cristo de las relaciones de Dios con los hombres, esos signos y ceremonias han dejado de tener significado alguno.

Los Sacramentos se convierten no ya en las "huellas de Cristo en la tierra" y ni siquiera tampoco en "los caminos que unen para siempre el cielo y la tierra"; si no en el encuentro personal-vital de cada cristiano con el mismo Cristo.

"Los sacramentos de la Nueva Ley fueron instituidos por Cristo y son siete, a saber, Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Reconciliación, Unción de los Enfermos, Orden Sacerdotal y Matrimonio. Los siete sacramentos corresponden a todas las etapas y todos los momentos importantes de la vida del cristiano: dan nacimiento y crecimiento, curación y misión a la vida de fe de los cristianos. Hay aquí una cierta semejanza entre las etapas de la vida natural y las etapas de la vida espiritual" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1210).

Los sacramentos son, en resumen, los cauces ordinarios para el encuentro personal con Cristo y para recibir en ese encuentro la Gracia, que nos convierte en *nuevas criaturas* y nos hace *hijos de Dios* en Cristo.

Antes de seguir con nuestros razonamientos, se precisa una aclaración previa. La Gracia que se nos concede en los Sacramentos no supone, en modo alguno, la desaparición de la gracia, la ayuda, que Dios concede a todos los hombres, incluso a quienes nada saben de Cristo ni de la Iglesia –y no recibirán, por tanto, ningún Sacramento-, para que alcancen la salvación por otros caminos. Todos los caminos de la salvación pasan por Cristo –que el Camino, la Verdad y la Vida para todos, aunque algunos no le conozcan y no tengan, por tanto, la Fe en Él ni participen en la vida sacramental.

El desarrollo de los planes de salvación de cada uno de los seres humanos, es un misterio escondido en Dios hasta el fin de los tiempos.

Al referirnos de nuevo a los Sacramentos, y ver en ellos los cauces ordinarios en los que el hombre recibe la gracia divina, conviene desde el principio que no olvidemos la “semejanza entre las etapas de la vida natural y las etapas de la vida sobrenatural”, que ha subrayado el Catecismo.

En efecto, es el mismo hombre, criatura de Dios, quien ha de ser redimido, liberado del pecado y convertido en *hijo de Dios en Cristo*. Y todo, sin dejar, en absoluto y bajo ningún concepto, de ser plena y naturalmente hombre. La Gracia no

destruye jamás la naturaleza y, por otro lado, requiere la cooperación de la naturaleza y de la libertad del hombre, para producir sus frutos.

Es cierto que, en los sacramentos, la Gracia se origina directamente por la acción del ministro. No hemos de olvidar, a la vez, que, para que esa Gracia sea eficaz en la persona que recibe el Sacramento, requiere que no ponga obstáculo. Un penitente puede hacer ineficaz el sacramento de la Reconciliación, por ejemplo, si no lo recibe con las disposiciones requeridas e incluso, aun acogiéndolo en condiciones adecuadas, no permite que la gracia produzca en él una conversión honda y permanente hacia Dios. En el primer caso, su actuación convierte en inútil el sacramento y en el segundo, lo hace ineficaz.

- \* \* \* \*
- ¿Soy consciente de la necesidad que tengo de vivir los Sacramentos?
  - ¿Medito con frecuencia sobre la nueva vida con Cristo: ser *hijo de Dios en Cristo*, que crece en mí con la recepción de los Sacramentos?
  - ¿Doy gracias alguna vez a Nuestro Señor Jesucristo por haber instituido los Sacramentos?

**Agosto de 2011.**

### **Los sacramentos de la iniciación cristiana**

#### **El Bautismo (I)**

Los tres primeros Sacramentos –Bautismo, Confirmación, Eucaristía– se denominan *de la iniciación cristiana*, porque tienen la principalísima finalidad de convertirnos en *nueva criatura*, en *hijos de Dios en Cristo*. El Bautismo es el nacimiento a la vida sobrenatural cristiana; la Confirmación, el desarrollo y el asentamiento en el alma de esa vida sobrenatural, por la acción del Espíritu Santo y la Eucaristía, el arraigo de esa vida de Cristo en el alma, vivida más personalmente con Él.

“Mediante los sacramentos de la iniciación cristiana, el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, se ponen los *fundamentos* de toda la vida cristiana. La participación en la naturaleza divina que los hombres reciben como don, mediante la gracia de Cristo, tiene cierta analogía con el origen, el crecimiento y el sustento de la vida natural. En efecto, los fieles renacidos en el Bautismo se fortalecen con el sacramento de la Confirmación y, finalmente, son alimentados en la Eucaristía con el manjar de la vida eterna; así, por medio de estos sacramentos de la iniciación cristiana, reciben cada vez, con más abundancia, los tesoros de la vida divina y avanzan hacia la perfección de la caridad” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1212).

El nacimiento y la conversión a la vida divina son el resultado de recibir la Gracia, *la participación en la naturaleza divina*, que injerta en nosotros un principio de vida sobrenatural. El cristiano está verdaderamente *injertado* en Cristo. Nos convertimos en *hijos de Dios en Cristo* sin dejar de ser seres humanos y, siendo *hombres-hijos de Dios en Cristo*, comenzamos a vivir y actuar.

Este proceso, repetimos, comienza con el Bautismo:

“El santo Bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos. Por el Bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión. El bautismo es el sacramento del nuevo nacimiento por el agua y la palabra” (*Catecismo*, n. 1213).

“El Bautismo no sólo purifica de todos los pecados sino que también convierte al neófito en *una nueva creación*, un hijo adoptivo de Dios, que ha sido hecho *partícipe de la naturaleza divina*, miembro de Cristo, coheredero con Él y templo del Espíritu Santo” (*Catecismo*, n. 1265)

La acción de la Gracia en la persona del bautizado se puede resumir en estas palabras del Catecismo, a las que tendremos ocasión de referirnos a lo largo de estas reflexiones:

“-le hace capaz de creer en Dios, de esperar en Él y de amarlo mediante las *virtudes teologales* (Fe, Esperanza, Caridad);

-le concede poder vivir y obrar bajo la moción del Espíritu Santo mediante los *Dones del Espíritu Santo*;

-le permite crecer en el bien mediante *las virtudes morales*.

Así, todo el organismo de la vida sobrenatural del cristiano tiene su raíz en el santo Bautismo” (*Catecismo de la Iglesia*, n. 1266)

Con el Bautismo, el bautizado deja de ser solamente una criatura “a imagen y semejanza” y se convierte en verdadero *hijo de Dios en Cristo*, al actualizarse, al *hacerse acto*, en esa “participación” la capacidad –potencia- de ser *hijo de Dios*, con la que todo ser humano llega a este mundo.

Esta nueva condición del hombre bautizado no se pierde jamás. “El Bautismo imprime en el cristiano un sello espiritual indeleble (**carácter**) de su pertenencia a Cristo. Este sello no es borrado por ningún pecado, aunque el pecado impida al Bautismo dar frutos de salvación” (*Catecismo de la Iglesia*, n. 1272).

Esta afirmación significa que el bautizado nunca pierde su condición de *hijo de Dios en Cristo*, raíz y fundamento de la vida sobrenatural, del vivir nosotros en Dios, con Cristo, en el Espíritu Santo; y del vivir Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo en nosotros. Es el fundamento y la razón por la que podemos decir que todo cristiano está *injetado* en Cristo y que, con San Pablo, podemos también llegar a afirmar que *Cristo vive en mí*.

-¿Retraso innecesariamente el bautizo de un hijo, de un nieto?

-Cuando asisto y participo en un bautizo, ¿procuro revivir mi propio bautismo, y dar gracias a Dios por haberlo recibido?

-¿Soy consciente de que el Bautismo, al convertirme en *hijo de Dios en Cristo*, entro a formar parte de la propia familia de Dios?

**Septiembre de 2011.**

## **El Bautismo (II)**

Algunos consideran que con el Bautismo el hombre pierde su libertad, al no poder perder jamás su condición de *hijo de Dios en Cristo*. La realidad es otra, y queda claramente expresada en la segunda parte del n. 1272 del *Catecismo*.

"Este sello –el **carácter**- no es borrado por ningún pecado, aunque el pecado impida al Bautismo dar frutos de salvación". Es decir, el hombre nunca pierde la libertad en el plano de su *actuar*, y podrá, por tanto, oponerse no sólo a la acción de Dios sino también rechazar su realidad ante el mismo Dios y reafirmar, en definitiva, su propio yo delante y en oposición a Dios. Sencillamente, podrá paralizar toda posible acción de su propia persona. La obstinación en el pecado puede debilitar la voluntad del hombre, pero nunca le impedirá el ejercicio de su libertad. El mejor defensor de la libertad del hombre es Dios.

En definitiva, salvo casos patológicos, el hombre nunca deja de ser libre, aunque en su espíritu esté indeleble el **carácter** de *hijo de Dios en Cristo Nuestro Señor*.

Ya hemos señalado que la única vida que Dios nos impone es la vida humana, el ser criatura. Vida que, aun siendo recibida sin opción por nuestra parte de no aceptarla, no deja de ser un don divino, origen y fundamento de toda la grandeza humana.

La "vida sobrenatural", la realidad de *ser nueva criatura*, es también un don de Dios; en efecto, nos configura como "hijos suyos" y no nos deja indiferentes. Podemos, sin embargo, rechazarlo si, al ser conscientes del ofrecimiento que Dios nos hace, no deseamos aceptarlo, como es el caso de las personas no bautizadas en su infancia y que no aceptan recibir el Bautismo tampoco en su mayoría de edad.

Y, además, aun habiendo recibido el Bautismo en la infancia, está en nuestras manos la capacidad de hacer que la "participación en la naturaleza divina", que se nos concede, y que la acción de la gracia en nosotros que le sigue, sea eficaz o inoperante.

Una vez recibida la Gracia y aceptada, y abierto nuestro espíritu a su acción, la capacidad de *ser hijos de Dios en Cristo* toma cuerpo, y las potencias del hombre se abren hacia la santidad, hacia la unión con Dios, como hijos adoptivos, y echan raíces y se desarrollan en cada cristiano, en la libertad de cada cristiano, que se manifiesta expresamente en el deseo de amar a Dios y en el rechazo decidido al pecado.

San Pablo lo expresa con estas palabras: "Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace clamar: ¡*Abba*, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también con él glorificados" (*Rm* 8, 14-17).

Hijos de Dios y miembros del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. La familia de todos los bautizados, que formamos todos y estamos llamados a ir **construyendo** espiritualmente a lo largo de nuestra vida, somos "linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable" (1 Pedro 2, 9).

"Los bautizados, por su nuevo nacimiento como hijos de Dios, están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios por medio de la Iglesia, y a participar en la actividad apostólica y misionera del Pueblo de Dios" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1270).

\* \* \* \* \*

- ¿Soy consciente de que estoy ejercitando mi libertad plena de hijo de Dios, cuando me arrodillo ante la Eucaristía y adoro?

- ¿Tengo la alegría de dar un testimonio de Fe, viviendo mi vocación de Adorador Eucarístico?

- Cuando saludo al Señor en el Sagrario, ¿rezo por el Santo Padre y por toda la Iglesia?

Octubre de 2011.

### El Bautismo (III)

Si el Bautismo es necesario para la salvación, ¿qué ocurre con quienes no reciben o no pueden recibir el Bautismo?

Los Adoradores Eucarísticos hemos de ser un punto de referencia, entre nuestros familiares, amigos y conocidos, de la Fe en Cristo. Por esa razón hemos de tener presente los caminos que la Iglesia ha establecido para facilitar que cualquier persona pueda ser bautizada, por el deseo de sus padres, si es infante, o por decisión personal, si ya es mayor de edad.

En peligro de muerte, cualquier persona puede bautizar.

“En caso de necesidad cualquier persona, incluso no bautizada, si tiene la intención requerida, puede bautizar. La intención requerida consiste en querer hacer lo que hace la Iglesia al bautizar, y emplear la fórmula bautismal trinitaria (“Yo...te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”) (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1256).

Además del bautismo sacramental, la Iglesia considera que otros dos tipos de bautismo abren al alma las puertas de la Gracia.

“Desde siempre, la Iglesia posee la firme convicción de que quienes padecen la muerte por razón de la fe, sin haber recibido el bautismo, son bautizados por su muerte con Cristo y por Cristo. Este *bautismo de sangre* como el *deseo del bautismo*, produce los frutos del bautismo sin ser sacramento”

Este bautismo lo reciben quienes se unen a los cristianos que sufren martirio, movidos por su ejemplo. Y mueren con ellos afirmando la misma Fe.

Unido a este *bautismo de sangre* la Iglesia reconoce dos modos del *bautismo de deseo*: el primero se refiere a quienes se están ya preparando para recibir el bautismo: “A los catecúmenos que mueren antes de su bautismo, el deseo explícito de recibir el bautismo, unido al arrepentimiento de sus pecados y a la caridad, les asegura la salvación que no han podido recibir por el sacramento”.

El segundo caso tiene una aplicación que se refiere a todos los hombres y manifiesta claramente la universalidad de la salvación que Cristo nos ha alcanzado:

“Todo hombre que, ignorando el Evangelio de Cristo y su Iglesia, busca la verdad y hace la voluntad de Dios, según él la conoce, puede ser salvado. Se puede suponer que semejantes personas *habrían deseado explícitamente el bautismo* si hubiesen conocido su necesidad”.

Quizá algunos de nosotros hemos sabido de niños que se han muerto apenas nacidos, y no han recibido el bautismo. Para estas situaciones –sea por descuido de los padres o por enfermedades imprevistas que han precipitado la muerte o por retrasos innecesarios- hemos de recordar la doctrina de la Iglesia para que sepamos consolar a los padres que han sufrido esa desgracia de manera involuntaria, y sufren pensando en la situación de sus hijos en la vida eterna:

“En cuanto a los *niños muertos sin Bautismo*, la Iglesia sólo puede confiarlos a la misericordia divina. En efecto, la gran misericordia de Dios, que quiere que todos los hombres se salven y la ternura de Jesús con los niños (...) nos permiten confiar en que haya un camino de salvación para los niños que mueren sin bautismo. Por eso es más apremiante aún la llamada de la Iglesia a no impedir que los niños pequeños vengán a Cristo por el don del Santo Bautismo” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1261)

Y terminamos esta reflexión recordando la doctrina común en la Iglesia de que a todos los niños víctimas del aborto en el seno de sus madres, los acoge la Misericordia de Dios en el Cielo.

\* \* \* \* \*

-¿Recibimos con alegría la llegada de un nuevo hijo, de un nuevo nieto? ¿Nos damos cuenta de que es, verdaderamente, un regalo de Dios a la familia?

-¿Rezamos alguna vez en los momentos de adoración, pidiendo a Dios que se deje de asesinar a los niños en el seno de sus madres?

-¿Nos acordamos de vez en cuando de nuestro propio bautismo, y damos gracias a Dios de todo corazón por haber recibido la Fe?

Noviembre de 2011.

## La Confirmación (I)

Nuestra condición de ser criatura comporta una capacidad para desarrollar las potencias y las cualidades, que cada uno de nosotros tenemos como seres humanos. Nuestro *yo*, núcleo vital de cada uno que es la propia **persona**, se encarga de poner en marcha nuestra *riqueza humana*.

¿Cómo podremos desarrollar la *riqueza sobrenatural* que hemos recibido en el Bautismo, y llegar a vivir como verdaderos hijos de Dios en Cristo, *participando de la naturaleza divina*". Ésta es la labor principal del segundo sacramento de la iniciación cristiana: la **Confirmación**.

"El efecto del sacramento de la Confirmación es la efusión especial del Espíritu Santo, como fue concedida en otro tiempo a los apóstoles el día de Pentecostés" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1302).

Al despedirse el Señor de los apóstoles les prometió la llegada del Espíritu Santo, y les anunció la obra que el Paráclito llevaría a cabo en el alma de cada uno de ellos y en el espíritu de todos los creyentes, a través de los siglos.

¿Cuál es la obra principal que el Espíritu Santo realiza en el mundo, y que, de modo semejante y diferente a la vez, lleva a cabo en el alma del creyente?

La principal obra del Espíritu Santo en la tierra es la Encarnación del Hijo de Dios, Jesucristo, en el seno de la Virgen María. También Dios Padre nos envía el Espíritu Santo, para que Cristo nazca y viva en nuestras almas, y podamos así vivir toda nuestra vida con Cristo, por Cristo y en Cristo.

El anuncio de Jesucristo consta de dos fases: "El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho" (*Jn 14, 26*). Poco después el Señor afirma: "El Espíritu de verdad os guiará hasta la verdad completa, porque no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oyere, y os anunciará las cosas venideras...Recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros" (*Jn 16, 13-15*).

¿Qué significan estas dos afirmaciones del Señor?

En primer lugar, el Espíritu Santo, al enseñarnos y al darnos la Verdad, a Cristo mismo y al injertarnos en él, nos permite vivir con Cristo y, viviendo con Cristo, con la Persona de Cristo, hace posible que cada uno de nosotros esté en condiciones de desarrollar las potencialidades sobrenaturales recibidas en la *participación de la naturaleza divina*, en el bautismo.

La Confirmación lleva a cabo el asentamiento de cada persona en su nueva vida cristiana, en Dios definitivamente, tanto en el plano del *ser* como en el del *actuar*. Esta acción queda expresada en estas palabras: "La Confirmación imprime en el alma una marca espiritual indeleble, el "**carácter**", que es el signo de que Jesucristo ha marcado al cristiano con el sello de su Espíritu revistiéndolo de la fuerza de lo alto para que sea su testigo" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1304).

Los efectos de la Confirmación promueven el crecimiento de la **nueva criatura en Cristo**, que es cada cristiano. Esta acción del sacramento ocurre siguiendo un doble cauce: desarrollando la gracia bautismal, que introduce al cristiano más profundamente en la filiación divina y perfeccionando el sacerdocio común de los fieles —que consideraremos más adelante—, que da el poder de confesar la fe de Cristo públicamente, y como en virtud de un cargo (*Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1304 y 1305).

Acción del Espíritu Santo que se refleja, por tanto, en la conciencia de ser *nueva criatura* que va adquiriendo el cristiano, conciencia que le lleva a saberse, y a ser, *hijo de Dios*, capaz de clamar "¡*Abba*, Padre!". Todo este asentamiento de la conciencia de la filiación divina, es obra de la acción de los Dones del Espíritu Santo, que actúan en el bautizado desde el primer instante de su vida cristiana.

\* \* \* \* \*

-¿Ante el Sagrario, me paro a pensar que soy, de verdad, *hijo de Dios en Cristo Jesús?*

-¿Rezo alguna vez al Espíritu Santo y le pido que llene mi corazón de amor a Cristo-hombre, a Cristo-Eucaristía?

-¿Soy consciente de que el Espíritu Santo viene a mi alma cuando vivo el Sacramento de la Reconciliación y cuando recibo a Cristo-Eucaristía en la Comunión?

Diciembre de 2011.

## La Confirmación (II)

La acción del Espíritu Santo, que fortalece en primer lugar el interior de la persona del creyente, se refleja hacia el exterior, en la condición social del hombre y en sus actuaciones públicas.

Recordemos brevemente los efectos de la Confirmación en el alma del bautizado:

- “nos introduce más profundamente en la filiación divina, al sabernos “hijos de Dios en Cristo”; y, por tanto, nos une más firmemente a Cristo;

- aumenta en nosotros los dones del Espíritu Santo: sabiduría, inteligencia, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor de Dios;

- nos concede una fuerza especial del Espíritu Santo para difundir y defender la fe mediante la palabra y las obras como verdaderos testigos de Cristo, para confesar valientemente el nombre de Cristo y para no avergonzarnos jamás de la cruz" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1303).

La Confirmación, por tanto, subraya con claridad la dignidad a la que han sido llamados los cristianos: a **vivir con Dios y en Dios**, siendo hijos de Dios, y manifestando la grandeza de este vivir en Cristo, con sus obras y con sus acciones, porque estamos llamados también a ser testimonios vivos de la vida –en el cielo y en la tierra- de Cristo muerto y resucitado. Testimonios, por tanto, no sólo de la presencia y estancia de Cristo en el tiempo y en el ahora de la vida de los hombres, sino también, del vivir de Cristo en la eternidad del Cielo.

Vivir con Cristo, guiados por el Espíritu Santo y participando de la naturaleza divina, implica una plenitud de vida, una riqueza de espíritu, que lógicamente se traduce en testimonio de la vida de Cristo entre nosotros, en medio de las más variadas situaciones del vivir.

La vida del cristiano confirmado tiende a convertirse en un testimonio real del vivir de Cristo. Porque esta vida en Cristo es también *vida de Cristo en nosotros*, y no sólo es el Espíritu Santo que clama dentro de nosotros "¡Abba, Padre!", es también Cristo que nos une a su sacerdocio y nos hace vivir a todos los fieles cristianos, miembros de la Iglesia, su propio sacerdocio de ofrecimiento, de intercesión, de reparación, de acción de gracias a Dios Padre.

En verdad podemos decir que la acción del Espíritu Santo que recibimos en la Confirmación, nos une tan firmemente a Cristo, nos ayuda a identificarnos con Él, a hacer que el mismo Cristo crezca en nosotros en espíritu. Un crecimiento que guarda cierta analogía -salvadas lógicamente todas las distancias, como ya hemos dicho- con el crecimiento de Cristo en María, en la carne de María.

Cuando consideremos los Dones del Espíritu Santo, y sus Frutos en nuestro yo, subrayaremos la realidad de la conversión del cristiano en el mismo Cristo, que hace posible desarrollar la capacidad de entender y de actuar para dirigir todo al bien, "al bien de quienes aman a Dios".

Jesucristo manifestó con toda claridad la existencia del Espíritu Santo, la realidad de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad y prometió enviarlo a los hombres. Primero, lo recibieron los Apóstoles en Pentecostés; ahora nos lo envía a nosotros cuando recibimos los Sacramentos.

Y el Espíritu Santo nos da la fuerza para "confesar la fe en Cristo públicamente".

\* \* \* \* \*

-¿Me doy cuenta de que al recibir el Espíritu Santo en la Confirmación, mi espíritu recibe una gracia especial para orar, para adorar a Dios?

-¿Tengo la valentía de manifestar mi fe y, especialmente, mi fe en la Eucaristía, incluso entre personas que blasfeman contra Dios y contra Cristo?

-Llevar a un amigo con nosotros para adorar al Señor en el Sagrario es una fuente de gozo para nuestra alma, ¿le pido a la Virgen que me dé la audacia de hacerlo?